



Las mujeres chismosas

NUEVO RELATO DE LAS CRÍTICAS Y MURMURACIONES
EN QUE ORDINARIAMENTE SE DEDICAN LAS MUJERES
EN SUS REUNIONES

Juntas en una solana se encontraron cierto día Antonia, Pepa, María, Manuela, Teresa y Juana.

Pepa, que era ya jamona, amiga de criticar, deseosa de charlar así decía á Ramona:

—¿Conque se nos casa Juana? Lo he sabido en la tertulia, yo compadezco á la Julia porque él es un holgazán, y no es más lisonjero que Juana sea mal trabaja, sino que tiene por maja la mujer del zapatero;

si hubiera llegado á mí sabiendo lo que sé yo, muy pronto le digo, no, en vez de decir que sí.

—El tiene mala cabeza, dijo Teresa terciando, pero la verdad, hablando... ¡la tal Julia es una pieza!... según dicho de la gente hará dos años lo más, que con el hijo de Blas tuvo algún inconveniente.

—Es mentira, hace dos años fué á bañarse á Panticosa.

—Se dice que fué á otra cosa muy ajena de los baños.

—Si dan que una no es buena
la cayó la lotería...

—Desengáñate, María,
¡porque cuando el río suena!

—Yo juraría á estas cruces
que Julia no lleva un pero...

—¡Hija, en mediando dinero
en el siglo de las luces!...

—También decían que Elisa
modelo de honradez era,
porque se hizo frailera
y se tragaba mil misas;
así es que el pobre Meneses
se zampó en la ratonera,
y que quiera ó que no quiera
es padre á los cuatro mesés.

—De eso no me digas nada,
se que hay bastante oculto...
pronto se la busca el bulto,
¡conozco yo una Libradal!...

—Y el lujo que gasta Ireue,
¿le costea su marido?

—Julio la ha dado un vestido.

—Si ha dicho que no la viene.

—Mujer tan tonta no habrá,
mucho orgullo es lo que tiene,
si la viene... ó no la viene...
ella sola lo sabrá;

y si Julio fuera solo
se podría soportar,
mas te puedo asegurar
que también entra Manolo.
¡He visto tanto, Luisita!
que aunque el marido no quiera
no dejan de llevar cera
los devotos de esa ermita.

—Pues anda, que no muy lejos
¡tenemos una Ignacita!...
que aunque es fea la maldita
tiene á pares los cortejos.

—Si es una mujer honrada,
chica, desengáñate,
no se cómo ni por qué

ninguno la dice nada;
la que es blanda, zalamera,
chupona y cuca á la vez,
siempre tiene dos ó tres
que la den... cuanto ella quiera.
¡Si no fuera la vergüenza
que á una la da ciertas cosas!...
no seríamos siempre haraposas
ni desgraciadas, Luisita,
de decir yo ya estoy harta,
y aunque sea un mameluco,
como á mí me digan truco
muy pronto envido la falta.

Ignacia estaba escuchando
de Quintina la relación,
de pronto salió al balcón
furiosa y pataleando.

—Dime, Quintina, ¿te empleas
en fiscalizar el barrio?
Critica solo, ¡canario!

lo que por tus ojos veas.
¿Qué puedes decir de mí,
ni tú ni ningún nacido?
Si es que deseas marido
búscatelo por ahí.

Quintina, que no era corta,
la replicó en el instante:

—También la importa bastante.

—Pues es claro que me importa.

—En la calle nadie manda,
y así puede usted callar.

—Como yo llegue á bajar
te canto la zarabanda...

—Mucho hablaba la difunta
sobre ese particular.

—¡Que se la va usted á encontrar
de mi zapato la punta!

—Mira la cara de Delfín
lo mismo que su vecina...

—Pues como baje, Quintina,
se arma la de San Quintín.

—A mí ninguna me reta.
—Pues yo retarte he querido.

—Vaya usted á su marido
á coserle la... chaqueta.

—Bien te metes, deslenguada,
en tu casa á Hilario Prieto...

—Si le meto ó no le meto,
á usted no le importa nada.

—Eres un tapón de alberca.

—Y usted alberca de taponés.

—Puerca de los bodegones.

—¡Miste á quien dice puerca!

Y ligera como un gamo,
sin andar con mojigangas,
levantándose las mangas
bajó de escalera un tramo;
dando en la calle revuelo
la moza desesperada,
después de una bofetada
se agarraron de los pelos;
y diciéndose mil motes,
con fervorosos abrazos,
se llenaron de arañazos
resonando los azotes;
toda la gente corría,
y aunque daban gritos ellas
ninguno las socorría;
por fin, una y otra loba
pudieron ser separadas.
Se van con semblante fiero
diciéndose por remate:
—Te he puesto como un tomate,
bueno llevas el trasero.

Pero en dicha tremolina
nadie ha visto otra desgracia,
que las piernas de la Ignacia
y algo más de la Quintina;
con espectáculo tal
los hombres que aquesto vieron,
un rato se divertieron
viendo la lucha campal;
los muchachos que pasando

toda su atención ponían,
cuando algo extraño veían
mil gritos daban silbando;
en el campo de batalla
se veían mil despojos,
añadidos, negros, rojos
y algún pedazo de saya.

Todo hombre que se inclina
ó se prepara á casar,
antes se debe acordar
de la Ignacia y la Quintina;
en este lance fatal
hay muy poco que escoger,
porque en diciendo mujer
la cosecha es toda igual.

Un hombre que está soltero,
libre como un pajarito
y entre como un parvulito,
es un simple majadero;
son como gatas garduñas,
egoistas y orgullosas
y sean feas ó hermosas
désean clavar las uñas;
aunque pases mil trabajos,
apuros y privaciones,
ella te dará instrucciones
para moños y cintajos;
pasas por estrechos arcos
aunque no debas pasar,
y ella al fin te ha de alistar
en la hermandad de San Marcos.

Así, lector, te aconsejo
temas á ese bicho fiero,
y continúes soltero
aunque te caigas de viejo,
y si llegas á enviudar
(lo que Dios no lo permita),
te ruego por Santa Rita
no te vuelvas á casar.

ORACION DE UN BORRACHO

¡Oh, Dios Todopoderoso!
socorre á este mamarracho,
que no tiene más defecto
que ser un grande borracho.

Hace catorce minutos
lo menos que no he bebido,
se me seca la garganta
y nadie convida á vino.

Tú, Señor, en cuyas manos
todas las viñas están,
haz que llueva sobre mí
peleón ó mostagán.

Con tanto poder, Señor,
obliga á los taberneros
que no bauticen el vino
y que rebajen el precio.

Un pobretón como yo
que por arrobos lo bebe,
no puede hartarse jamás
tan caro como lo venden.

¡Oh, Señor! yo te lo ruego
con todo mi corazón,
que no entre el pan en mi cuerpo,
pero que entre el peleón.

Que la carne y las patatas
no vea para un remedio,
habiendo fuentes de vino
he de quedar tan contento.

Aplica á los taberneros
todo tu santo rigor,
que no fian ni un azumbre
á un borracho como yo.

Señor, Señor, que me ahogo
y que me abraso de sed,
tened compasión de mí
y haced me den de beber.

Señor, si vos os volviérais
ser humano como yo,
veriais lo que padece
un borracho sin licor.

No permitáis que mis ojos
contemplan llenos de horror
una sola gota de agua,
aguardiente, si Señor.

Si todo esto concedéis,
Señor, gracias mil os doy,
á vuestras plantas me postro
y á echarme una copa voy.

FIN